

OTOÑO EN PEKÍN

BORISVIAN

OTOÑO EN PEKÍN

Traducción de Juan García Hortelano



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *L'automne a Pekin*

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa, basada en un diseño de Pepe Far

Imagen de la cubierta: istockphoto

Primera edición: mayo de 2019

© Minit, 1956, Librairie Arthème Fayard, 1999
© Pauvert, département de La Librairie Arthème Fayard, 2017
© de la traducción: Juan García Hortelano
y Herederos de Juan García Hortelano, 1989
© de la presente edición: Edhasa, 2019
Diputación, 262, 2º 2ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-1118-1

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 10973-2019

Impreso en España

Índice

Un prólogo interrumpido, de Juan García Hortelano . . .	9
Primer movimiento	79
Segundo movimiento	161
Tercer movimiento.	257

Un prólogo interrumpido

El destino de la obra literaria es múltiple como la literatura misma, esa otra vida de la vida. En ocasiones, el destino de la obra coincide plenamente con el destino de su autor. A veces, poco; a veces, nada. La obra tiene su propia existencia y, como decía aquel amigo de Boris Vian, hay existencias, pero no hay esencias. Encontramos destinos de obras literarias faustos y encontramos destinos infaustos, los hay patéticos y trágicos, ridículos, injustos, pomposos, circunstanciales o eternos, normalitos; por eso, hay historia literaria. Ningún amor (a una mujer o a la libertad) y ninguna muerte son iguales; por eso, hay novelas. La historia de los autores es biografía y no guarda mayor relación con la historia literaria que la hagiografía con la teología.

La obra literaria de Boris Vian tuvo un destino de novela, que solo parcialmente coincidió con la existencia de su autor, quien llevó la vida de señorito inteligente que le correspondía. Es aventurado aceptar la conocida tesis de que a Vian lo mató su obra, pero quizá sí le ayudó a morir. En todo caso, la obra no tuvo el acontecer que le correspondía. La narración literaria sobre la obra de Boris Vian, que aquí empieza, pretende eludir las confluencias subterráneas de ambos destinos, el psicologismo y las cuestiones metodológicas. «Obra incomprendida de un autor apreciado» no sería mal título para contar los hechos y plantear las consabidas interrogantes.

—Un momento, un momento... —se oye exigir, en este preciso instante, a una voz vagamente conocida—. ¿Adónde pretende ir usted a parar?

La crítica, filológica o estructuralista, ha iluminado en los últimos diez años la obra de Vian con la suficiente suficiencia, eficiencia y luminotecnia, espoleada por un suplemento de mala conciencia. En rigor, que suele ser el talante de la crítica especializada, la obra de Vian no parece ofrecer demasiados problemas formales. Rigurosamente hablando, las ideas de Vian pueden reducirse a cuatro (y tres de prestado), como no podía ser menos tratándose de un novelista de calidad. Pero esto no ha sido obstáculo para que tardíamente intente desmenuzarse una obra que se escurre viscosamente de las pinzas analíticas. Así pues, parece más sensato tratar de llegar a esta literatura tan literaria, tan transparente, relatando los avatares a los que estuvo sujeta. La obra de Vian exige apenas ser descifrada, no necesita incitaciones a su lectura, es una obra fundamentalmente para lectores y, fundamentalmente, plantea misterios a los que poco afectan las respuestas académicas.

—Ya le veo a usted engolfándose en la indeterminación —acusa la voz—, regodeándose en la ambigüedad de lo que usted llama literatura (y que deja usted reducida al placer de leer), disponiéndose a una gira anecdótica con la mochila cargada de esas noticias biobibliográficas que el paciente lector puede encontrar en cualquier contracubierta de un libro de Vian. ¡Qué desdichada manera —añade la voz, con admonitoria severidad— de desperdiciar la ocasión que generosamente se nos ha ofrecido de prologar *El otoño en Pekín...*!

No cabe duda de que 1947 fue un año en que la sociedad culta y los medios profesionales de la ciudad de París denotaron una sorprendente falta de olfato y una insensibilidad pasmosa. La guerra estaba muy reciente, y debe recordarse a favor de aquellos insensibles que toda posguerra genera el convencimiento de que una nueva era ha comenzado. Esta predisposición mesiánica suele equivocar en cuanto a los signos premonitorios de los nuevos tiempos. Por lo pronto, en este año IX después de *La náusea*, se

publican *Murphy*, de Samuel Beckett, *El otoño en Pekín* y *La espuma de los días* (¡qué doblete...!), de Boris Vian.

Un oscuro secretario (de James Joyce) decide afrancesarse y consigue publicar *Chez Bordas*, una novela que ya había sido editada nueve años antes en Londres y cuya edición casi íntegra fue pasto de las bombas alemanas. De *Murphy*, primera novela francesa de Beckett, se venden en este año de 1947 dos docenas de ejemplares y menos de cien unidades hasta 1951, fecha de aparición de *Molloy*. Lo relevante es que *Murphy* no suscitó ni una reseña crítica. Ahora bien —por los cuentos de hadas sabemos que sucede—, veintidós años más tarde —que suele ser lo que tarda el príncipe en encontrar el pie de Blancanieves—, en 1969, Samuel Beckett recibe el Premio Nobel de Literatura, en unos años en que los suecos del Nobel, no habiendo descubierto todavía el refinado truco de premiar a estonios que escriben en arameo medieval, coronaban preferentemente a escritores de fama establecida.

—¿Y qué?

Las Editions du Scorpion (que tampoco eran un imperio editorial exactamente) publican la primera edición de *El otoño en Pekín* (¡condenación!, ni siquiera con ese título se percataron...), a puro riesgo y ventura, que fue mínima, pero no tan poca en comparación con las otras novelas de Vian, pues esta alcanzaría una segunda edición al cuidado de Editions de Minuit en 1956.

—Permita una precisión. Esta segunda edición de *El otoño en Pekín* apenas aporta variaciones sustanciales con respecto a la primera de 1947, aunque sí muy interesantes, pero imposibles, presumo, de comentar en su prólogo. Ha sido esta edición, que el autor revisó cuidadosamente, la que ha servido para la presente traducción al castellano.

Antes de 1947, Vian había publicado ya *Vercoquin y el plancton* y, bajo el seudónimo de Vemon Sullivan, una maravillosa novela negra, *Escupiré sobre vuestras tumbas*. Aún publicaría dos novelas más; la última estremecedora: *La hierba roja* y *El arrancacorazones*. Un li-

bro de relatos, *Las hormigas*, y otra recopilación hecha por su viuda, *El lobo-hombre*, indican que, a falta de críticos y lectores, a Vian no le faltaron relaciones y amistades en las revistas, por lo general minoritarias, aunque también publicó en alguna del fuste de *Combat* o de *Les Temps Modernes*, cuyo famosísimo director no era otro que el Partre de *La espuma de los días*. Consta la fascinación que la literatura de Vian causó a Raymond Queneau, lo que no resulta extraño, si bien, como veremos, no faltó tampoco alguna curiosa incompreensión.

Lo más conocido de su producción teatral, que no fue escasa, siguen siendo *Les bâtisseurs d'Empire* y *L'Equarrissage pour tous*, obra esta última de la que Queneau cuenta que llegó a ser «interpretada por auténticos actores sobre un auténtico escenario». De los cientos de canciones que escribió, *Le déserteur* habría ganado algunos discos de oro, de haberse medido en aquellos años la popularidad por esas redondeces. Poemas y unas crónicas de jazz, además de notables traducciones, deben añadirse a la lista para tener una idea somera de la grafomanía que sacudió permanentemente a este polígrafo.

—Prolífico y no gráfomano, sería más exacto decir —dice la voz, que, por su aspereza y engolamiento, revela la sórdida sabiduría bachillera de quien se ha deteriorado el caletre en la traducción de *El otoño en Pekín*—. Probablemente, aquella facilidad de escritura, aquella velocidad de redacción, aquella no voluntad de estilo, fueron causas determinantes del escaso aprecio de sus contemporáneos. La prosa narrativa de Boris Vian ofrece la peculiaridad de un léxico riquísimo y de una sintaxis paupérrima, si se me permite la distinción. Por lo que se debe concluir...

Como del silogismo literario no se ha de inferir necesariamente una conclusión, lo curioso de esa «peculiaridad» de la escritura de Vian es que correspondía con alguna exactitud a los presupuestos estilísticos y al gusto de aquella década de los cuarenta. La escritura de Vian fue acorde, demasiado acorde, con la

recurrente moda estilística que rechaza la escritura elaborada y propugna la (supuesta) autenticidad de la escritura espontánea, descuidada. Pues ni aun así... La explicación, según cánones formales, de la desatención por estas novelas no explica nada e, incluso, lo que hace es espesar la intriga. Pero, modas aparte, lo evidente es que Vian murió a los treinta y nueve años. Lo matase el proverbial desprecio por la letra impresa de la gente del cine, su curiosidad o su corazón, la leyenda narra que siempre tuvo la certidumbre de que no llegaría a cumplir los cuarenta años.

—Desde el trampolín de la ambigüedad y la anécdota está usted a punto de zambullirse, de hoz y coz, en la metafísica —advierte el traductor, con el rencor del retórico frustrado—. Engañoso camino el de la leyenda, tratándose de una persona que practicó una actividad legendaria de trompetista, ingeniero, cantante, pintor, sátrapa patafísico, actor, alocado conductor de coches deportivos, obsesivo aficionado a las máquinas y a los mecanismos... Obsesión que, por cierto, además de estar patente en sus obras, manifiesta la influencia de Raymond Roussel en...

Lo que su obra puede manifestar es una frecuentación muy íntima de la muerte. En *El otoño en Pekín* encontraremos los estremecedores episodios de la zona oscura, donde se entra para morir y de cuyas tinieblas solo veremos salir vivos a una pareja de niños, y vivo, pero no incólume, a Angel (trasunto, dicho burdamente, del autor). Esas páginas únicamente pueden haber sido escritas por alguien que penetró en la muerte antes de quedarse para siempre en ella. Lo cual no es extraño tratándose, como es el caso, de novelas de amor.

En la selva de ingenio, sutilidad, invención y sarcasmo que explora el lector de Vian, no se tarda mucho en encontrar bajo la maleza, por lo general en medio de una sonrisa o de una cargada, las sendas del amor y de la muerte. A Vian le hipnotiza horadar miles de galerías, grotescamente enmarañadas, bajo esas apariencias ridículas de la pasión y que son, naturalmente, la sal de

la vida. Los personajes de Vian viven determinados por el amor o por la falta de amor, situaciones ambas que no los hacen felices, pero nunca derrotados. Fuera del amor no hay existencia. Dentro, las lúgubres alegrías de la belleza. Contra el amor luchan mediante el trabajo, la ironía o la violencia. Pero también se percibe una lucha tensa y refinada contra la tradición judeocristiana que ha fabricado este amor en el que amamos, una lucha desesperanzada de la que se obtiene la única ganancia de no dejarse dramatizar la existencia.

La angustia, que sus más lúcidos contemporáneos habían izado como banderín de enganche, parece ser la bestia negra de estos personajes, aun asumiéndola, aun frustrados. Toda pirueta—incluso el más patoso chiste fonético—, cualquier aventura—y cuanto más disparatada, mejor—, un suculento trozo de carne humana o el recuerdo de ella, son las armas útiles, posibles, para vivir. Erotólogos de una perspicacia osada, los personajes significativos de Vian aman todo y solo odian el aburrimiento que producen los grandes pensadores, los grandes héroes, los grandes guerreros, financieros, salvadores, sermoneadores, los grandes, los serios. De esa menesterosa complacencia en la derrota que es la melancolía se defenderán violentamente, con sadismo, con crueldad, siempre con una energía desfachatada, que obliga simultáneamente a reír y a temblar.

—Aprovecho —interrumpe el traductor de esta novela, que se cree con derecho a aprovecharse por haber vertido a una lengua aproximada la intraducible prosa de Vian— esa referencia a la violencia que acaba de hacer usted para significar, en primer lugar, que, en efecto, habrá pocos libros cargados de una violencia más efectiva y espeluznante y, a la vez, más jocosa y como indiferente. Curiosamente, ese tratamiento, esa frecuencia del hecho violento y esa ferocidad recuerdan al *Quijote*, donde la violencia física es constante. En segundo lugar, confieso que apenas he encontrado explicación, y nunca satisfactoria, a esta característica.

Desde luego que esa insinuación suya de la violencia como una compensación a la desesperación existencial me parece ridícula, insidiosa, tardía y propia de un existencialismo vergonzante, cuya oreja no deja de asomar. Prefiero opinar que Vian, en 1947, acababa de vivir las atrocidades de la guerra más atroz de la historia. De las que nunca se recuperó. ¡Calma, que no he terminado! De toda la bambolla legendaria bajo la que a muchos, como a usted, les encanta novelar a Vian hay una especie que no admito, y es la de su intraducibilidad. Pocas escrituras se prestarán tan fácilmente, salvo un par de chascarrillos locales, a ser puestas en castellano. Sospecho que la innegable poesía que envuelve a...

Pues bien, ¿qué ocurrió para que hasta mediada la década de los sesenta no se comenzasen a leer los libros de Boris Vian? ¿Por qué esa obra se ignora paradójicamente en el momento más oportuno para ser estimada? Por supuesto que Boris Vian no fue un escritor malgrado como René Daumal, ni difícil como Marguerite Yourcenar, ni arcaico como Pierre Gascar, ni maldito como tantos de esa condenada especialidad; ha sido en nuestro siglo uno de los escritores más tozudamente ignorados. En 1953, todavía le parece a Queneau *El otoño en Pekín* una novela *difficile et méconnue*. Y esto lo afirma en los años de la restauración de Céline y del inicio del *nouveau roman*, precisamente uno de los más penetrantes ingenios de la novela francesa y quizás el único complementario de Vian. Pero justo diez años más tarde, en 1963, Maurice Nadeau, obligado al menos por profesión crítico-pedagógica a la sensatez, en un estudio de la novela francesa posterior a la guerra, dedica a Vian una frase de veinte palabras, compartida con Ladislav Dormandi (... el gusto es mío...) y fechando *El otoño en Pekín* por su segunda edición.

Ahora, una vez que el reconocimiento de la obra de Vian se ha producido, parece fácil iluminar esta historieta desdichada mediante el recurso de descubrir en Vian a un contemporáneo nuestro, a uno de esos escritores nacidos antes de tiempo. Solo en

parte y muy matizadamente puede admitirse que la literatura de Vian fuese un producto *avant la page*. Pero, sin dejar de ser un hombre muy de aquellos años, adelantó lo que aquel presente encerraba ya de este futuro en cuanto a una nueva sensibilidad.

—Le veo ponerse quevedesco con un desparpajo envidiable. O sea, que, según usted, hacia 1947 podía ventearse ya Mayo del 68.

Aquí radica quizá no solo el misterio concreto de la obra de Vian, sino ese misterioso poder anticipatorio, premonitorio o no, del arte poético. Este fenómeno no es tan infrecuente en el dominio literario y, aunque indescifrable, no hay que recurrir a milagrerías para admitir que un novelista muy de su época, y en la lengua de su época, práctica e inconscientemente esté escribiendo para lectores de veinte años más tarde. Las variaciones de la sensibilidad pueden ser anticipadas (o acertadas, gracias al azar) siempre que el tema de la condición humana no le sea ajeno al escritor. Boris Vian compuso esas variaciones, de imposible asimilación en su tiempo, sobre la invariante de la condición humana, de su enfermo y jovial corazón.

—Le concedo a usted que, sin pretenderlo, acaba de definir (un poco en título de canción) lo que se llama obra clásica, y de adjudicarle esa etiqueta a la obra de Boris Vian. Nada más incongruente, precipitado y que, dicho sea de paso, menos hubiese agradado al autor.

Efectivamente, cabe sospechar que Boris Vian no será un clásico, a menos que lo llegue a ser. Esa tendencia al clasicismo que se advierte en la obra de algunos clásicos (de los menos simpáticos) no aparece ni en ciernes en las novelas de Vian, quien detestaba desaforadamente las consolaciones de la eternidad, los plazos largos. Hay clásicos jóvenes, naturalmente, y hay clásicos abuelos, goethianamente. Boris Vian —como Byron, como Shakespeare, como Rosalía de Castro— no encaja en el pedestal de la respetabilidad marmórea; al haber muerto joven, no le

queda ya ninguna posibilidad de envejecer. Por otra parte, Vian no transmite esa ingenuidad del pretérito que exhalan tantas lágrimas inmortales,

—¡Alto, que se le va a usted la mano mitificadora...! Reconozco que Vian era muy mítico y muy apropiado para las mitificaciones póstumas. Vaya usted a saber por qué sus novelas se popularizan a partir de 1964 o 1965... Y, encima, sin ampararse en un estricto análisis literario. Temo que, con una frivolidad bastante común a ciertos *vianeros*, ha medio encubierto usted una sencilla realidad: las novelas de Vian son muy divertidas. Y de *Escupiré sobre vuestras tumbas* llegaron a venderse muchos miles de ejemplares.

Nadie ha dicho aquí que Vian hubiese sido Kafka, aunque el destino de la obra de Vian, que tuvo un destino de novela, como ya se dijo, podría cómodamente servir para un relato kafkiano. Los miles de ejemplares de ese modélico pastiche que es *Escupiré sobre vuestras tumbas* podían haber servido de detonante para la lectura de las otras novelas de Vian. Pero comenzó el proceso, un proceso instado por unos defensores de la moral, la novela fue prohibida por el juez, el éxito de venta se esfumó y solo sirvió para que hiciesen años más tarde aquella infiel adaptación cinematográfica, de la que Vian no pudo zafarse y cuyo visionado, siempre según la leyenda y no el certificado médico, le puso al borde de su propia fosa. Para ciertas personas un éxito puede ser mortal.

Hacia 1947, los personajes de *El otoño en Pekín* eran ya personajes para ser comprendidos después del fracaso político de Mayo del 68. Las novelas de Vian habrían seguido empolvándose en las mazmorras editoriales si el triunfo hubiese caído del lado de acá de las barricadas, porque no son novelas para las horas del triunfo. Pero como tampoco fueron horas triunfales las de la siguiente década, las novelas de Vian surgieron de las mazmorras y fueron entendidas. Es más, aun resonando en ellas ecos de un pasado remotísimo, a pesar de la cronología, se creería que fueron

escritas para esos años de la derrota, cuando el hombre necesita el aliento de la alegría, la lucidez de su mortalidad y alguna inteligencia para distinguirse de sus prójimos bienpensantes.

—Resumiendo, y si no le he entendido mal, el asunto está en un problema de falta de sincronización, que la historia resuelve favorablemente para el gusto literario y desfavorablemente para la gente que piensa (que siente, mejor dicho) como usted. De esta manera, Boris Vian sería uno de los escritores más actuales de los que podemos disfrutar, y su obra, un prólogo, interrumpido por la muerte del autor, a una nueva sensibilidad, que se impone a partir de Mayo de 1968.

Que se harta y explota en Mayo del 68. Prólogo interrumpido o epílogo profético, nunca fue, desde luego, un prólogo con interrupciones como este. Al que solo le queda proponer, como todo prólogo que se precie, tres formas de leer *El otoño en Pekín*:

—Con perspectiva temporal, atenta contra el inquietante nudo de significaciones de la novela.

—Por puro gusto.

—Como al lector se le ocurra.

Las tres son compatibles, recomendables y muy *vianescas*.

Porque maldita la falta que hacen un guía y la impedimenta para atravesar el desierto de Exopotamia, a cuyo final nos encontraremos, con toda certeza, en Pekín y durante el otoño. Siempre que el desierto tenga final...

JUAN GARCÍA HORTELANO

A

«Las personas que no han estudiado la cuestión se exponen a dejarse inducir a error...».

Lord Raglan, *El tabú del incesto*

1

Amadís Dudu seguía sin convicción la estrecha callejuela, que constituía el más largo de los atajos para llegar a la parada del autobús 975. Al tener que entregar cada día tres tiques y medio, ya que se apeaba en marcha antes de su parada, se palpó uno de los bolsillos del chaleco para comprobar si le quedaban. Sí. Vio un pájaro posado en un montón de basuras, el cual, picoteando tres latas de conserva vacías, conseguía interpretar el comienzo de *Los batejeros del Volga*. Dudu se detuvo, pero el pájaro marró una nota y salió volando, furioso, gruñendo entre picos palabrotas en ornitofonía. Amadís Dudu reanudó su camino cantando la continuación, pero marró también una nota y se puso a renegar.

Había sol, no mucho, pero justo delante de él, y el final de la callejuela brillaba suavemente, porque el pavimento estaba pringoso, aunque no podía verlo, ya que la calleja doblaba dos veces, primero a la derecha y, después, a la izquierda. Algunas mujeres de opulentos deseos pastosos aparecían en el umbral de las puertas, con la bata abierta sobre una total carencia de virtud, y vaciaban la basura a espuestas allí mismo. Luego, golpearon al unísono

el fondo de los cubos, produciendo redobles de tambor, y, como de costumbre, Amadís se puso a marcar el paso. Por eso precisamente prefería aquella callejuela. Aquello le recordaba la época de su servicio militar con los americanoides, cuando se zampaba latas de manteca de picahuete como las del pájaro, pero mayores. Al caer, las basuras levantaban nubes de polvo, que Amadís apreciaba porque tornaban visible el sol. De acuerdo con la sombra de la linterna roja del número seis, donde vivían unos agentes de policía camuflados (se trataba en realidad de una comisaría y, para disimular, el burdel vecino exhibía una linterna azul), Amadís se aproximaba, aproximadamente, a las ocho veintinueve. Le quedaba un minuto para llegar a la parada, lo cual representaba exactamente sesenta pasos de un segundo, pero Amadís daba cinco pasos cada cuatro segundos, y el cálculo, demasiado complicado, se esfumaba en su cabeza; en consecuencia y como era normal, el cálculo fue expulsado con la orina, haciendo «toc» contra la loza. Pero mucho tiempo después.

En la parada del 975 había ya cinco personas, las cuales subieron al primer 975 que llegó, pero el revisor no se lo permitió a Dudu. Aunque este le mostró un trozo de papel, que, mediante una simple observación, probaba que él era el sexto, el autobús solo tenía libres cinco plazas, y así se lo hizo ver pedorreando cuatro veces antes de arrancar. Se largó suavemente, arrastrando su parte trasera, que sacaba haces de chispas de las redondas jorobas de los adoquines; en dicha parte, algunos conductores encajaban piedras de mechero para que hiciese más bonito (se trataba siempre del conductor del autobús que venía detrás).

Un segundo 975 se detuvo delante de las narices de Amadís. Estaba muy lleno y jadeaba crudamente. Descendieron una mujer gorda y una criatura ahíta de dulces, con la que cargaba un señor bajito, casi muerto. Amadís Dudu se agarró a la barra vertical de la plataforma y enseñó su tique, pero el cobrador le golpeó en los dedos con su picadora de bonos.

—¡Suéltese!

—Pero ¡si se han bajado tres personas! —protestó Amadís.

—Iban de más —dijo el empleado en tono confidencial, y guiñó el ojo con una mímica repugnante.

—¡No es verdad!

—Sí lo es —dijo el empleado, y saltó muy alto hasta alcanzar el cordón, al cual se asió, para, elevándose a pulso, mostrarle su trasero a Amadís.

El conductor arrancó al sentir la tracción del bramante rosa atado a su oreja.

Amadís consultó su reloj y exclamó «¡Uf!» con el objeto de que las agujas retrocediesen, pero únicamente el segundero comenzó a girar a la inversa, mientras las otras continuaron en el mismo sentido, lo cual no cambiaba nada. Se encontraba parado en medio de la calle y contemplaba cómo desaparecía el 975 cuando llegó un tercero y su parachoques le alcanzó justo en las nalgas. Cayó, el conductor avanzó hasta colocarse exactamente sobre él y abrió la espita del agua caliente, que regó el cuello de Amadís. Mientras tanto, las dos personas que tenían los números siguientes al suyo subieron y, cuando se levantó, el 975 ya se alejaba. El cuello se le había enrojecido. Amadís experimentaba una gran cólera; con toda seguridad, llegaría con retraso. Llegaron, entre tanto, otras cuatro personas, que se suministraron sus números de espera dándole a la oportuna palanca. La quinta, un joven gordo, recibió, como extra, el chorrillo de perfume que la compañía ofrecía de regalo cada cien personas; salió corriendo y aullando, ya que se trataba de alcohol casi puro, lo cual en un ojo siempre duele mucho. Un 975, que pasaba en la otra dirección, lo destripó obsequiosamente, a fin de poner término a sus sufrimientos, lo que permitió descubrir que acababa de comer fresas.

Se detuvo un cuarto autobús con algunas plazas libres, y una mujer, que había llegado mucho después que Amadís, enseñó su número. El cobrador llamó a gritos:

—¡El un millón quinientos seis mil novecientos tres!

—¡Yo tengo el novecientos!

—Perfecto —dijo el cobrador—. Y ¿el uno y el dos?

—Yo tengo el cuatro —dijo un señor.

—Nosotros tenemos el cinco y el seis —dijeron los otros dos.

Amadís ya había subido, pero el cobrador le agarró por el cuello.

—Lo ha cogido del suelo, ¿eh? ¡Bájese!

—¡Nosotros lo hemos visto! —chillaron los otros—. Estaba debajo del autobús.

El cobrador hinchó el pecho y arrojó a Amadís fuera de la plataforma, atravesándole con una mirada de desprecio el hombro izquierdo. Amadís se puso a dar saltos de dolor. Las cuatro personas subieron y el autobús arrancó encogiéndose, ya que se sentía un poco avergonzado.

El quinto pasó completo. Todos los viajeros sacaron la lengua a Amadís y a los demás que allí esperaban. Incluso el cobrador le escupió, pero sin saber aprovechar la velocidad, por lo que el gargajo no llegó a caer a tierra. Amadís, de un papirotazo, intentó espachurrarlo al vuelo, pero se le escapó. Sudaba, porque todo aquello le había enfurecido auténtica y terriblemente, y, después de haber fracasado con el sexto y con el séptimo, decidió ponerse a andar. Intentaría coger uno en la parada siguiente, donde solían descender más pasajeros.

Partió andando expresamente atravesado, para que se viese bien que estaba furioso. Tenía que recorrer cerca de cuatrocientos metros y, mientras tanto, lo adelantaron algunos 975, casi vacíos. Cuando, por fin, alcanzó la tienda de color verde, diez metros antes de la parada, desembocaron, justo delante de él, siete curas jóvenes y doce escolares, que portaban oriflamas idolátricas y cintas de diversos colores. Formaron ante el poste de la parada y los curas colocaron dos lanzahostias en batería, a fin de quitar a los peatones cualquier deseo de tomar el 975. Amadís Dudu

trató de recordar la consigna, pero habían transcurrido un montón de años desde la catequesis y no pudo encontrar las palabras. Intentó aproximarse andando de espaldas, y en la espalda recibió una hostia enroscada, que había sido lanzada con tal fuerza que le cortó la respiración y le hizo toser. Los curas, riendo, trajinaban en torno a los lanzahostias, que escupían proyectiles sin pausa. Llegaron dos 975 y los chavales ocuparon casi todas las plazas libres. En el segundo autobús, en el que aún sobran algunas, uno de los curas permaneció en la plataforma y le impidió subir; al darse la vuelta para coger un número de espera, seis personas esperaban ya. Se sintió desalentado. No obstante, corrió a toda velocidad hasta la siguiente parada. A lo lejos, distinguía la parte trasera del 975 y los haces de chispas, pero tuvo que arrojarle cuerpo a tierra, porque un cura le apuntaba con un lanzahostias. Oyó pasar la hostia, rasgando el aire, sobre su cabeza.

Amadís se puso en pie completamente lleno de manchas. Titubeó, casi dispuesto a no presentarse en su oficina en semejante estado de suciedad, pero ¿qué diría el reloj controlador? Sintió molestias en el sartorio del muslo derecho y trató de clavarse un alfiler en la mejilla para quitarse el dolor; el estudio de la acupuntura, en las obras del doctor Borceguí de Moribundo, constituía uno de sus pasatiempos; desgraciadamente, no apuntó bien y se curó de una nefritis de pantorrilla que todavía no había atrapado. Todo lo cual le retrasó y, cuando llegó a la parada siguiente, encontró a muchas más personas aún que en la anterior, formando un muro hostil alrededor de la caja de los números de espera.

Amadís Dudu permaneció a una distancia respetuosa y aprovechó esos instantes de tranquilidad para intentar razonar sosegadamente:

—Por una parte, si seguía avanzando hasta la próxima parada, ya no valdría la pena coger el autobús, puesto que iría con tal retraso que...

—Por otra parte, si retrocedía, volvería a encontrar curas.

—Por último, quería coger el autobús.

Amadís rio sardónicamente, porque, a fin de no violentar nada, había eludido adrede cualquier razonamiento lógico. Volvió a emprender camino hacia la parada siguiente. Ahora andaba todavía más atravesado que antes y resultaba evidente que su cólera había continuado desarrollándose.

El 975 le zumbó en la oreja en el momento en que alcanzaba casi el poste de la parada, donde no había nadie esperando, y, aunque Amadís levantó el brazo, resultó demasiado tarde; el conductor ni le distinguió y rebasó la placa metálica indicadora, pisando alegremente el acelerador.

—¡A la mierda! —dijo Amadís Dudu.

—Verdaderamente —corroboró un señor, que apareció en ese instante tras él.

—¡No me dirá usted que no lo hacen intencionadamente!
—prosiguió Amadís, indignado.

—¿Cómo, cómo? —dijo el hombre—. ¿Es que insinúa que lo hacen a propósito?

—¡Estoy convencido! —respondió Amadís.

—¿En el fondo de su corazón? —preguntó el señor.

—Con toda mi alma y conciencia.

—¿Se atrevería a jurarlo?

—Por supuesto, ¡maldita sea! —dijo Amadís—. ¡No te jode el borrico este! ¡Sí, claro que lo juraría! Y, encima, ¡a la mierda!

—¿Jura usted, por tanto? —preguntó el señor.

—¡Lo juro! —exclamó Amadís, escupiendo en la mano que el señor acercaba a sus labios.

—¡Gorrino! Usted ha insultado al conductor del 975 y yo le pongo una multa.

—Ah, ¿con que sí? —dijo Amadís.

El chivato no parecía un alfeñique.

—Está usted hablando con una autoridad —dijo, y giró la visera de su gorra, que hasta entonces había llevado puesta al revés.

Era un inspector del 975. Amadís lanzó rápidas miradas a izquierda y derecha; al oír el característico ruido, saltó a un nuevo 975, que pasaba por su lado. De tal manera cayó que atravesó la plataforma trasera y se hundió varios decímetros en la calzada. Tuvo justo el tiempo de agachar la cabeza y la parte trasera se la sobrevoló durante una fracción de segundo. El inspector lo extirpó del agujero y le hizo pagar la multa. Durante ese tiempo perdió otros dos autobuses, visto lo cual se lanzó hacia la parada siguiente; y todo esto, que parecía anormal, sin embargo, lo era.

Llegó sin tropiezos, pero se percató de que su oficina no estaba a más de trescientos metros; coger un autobús para eso...

Entonces atravesó la calle y, por la acera opuesta, emprendió camino en dirección contraria, para cogerlo en un lugar desde donde mereciese la pena.

2

Llegó bastante pronto al sitio desde el que todas las mañanas partía y decidió continuar, porque no conocía bien aquel trozo del trayecto. Pensó que en aquella parte de la ciudad debía de haber materia para observaciones pertinentes. Sin perder de vista su objetivo inmediato, que era coger el autobús, quería sacar provecho de los enojosos contratiempos de los que era presa desde el principio de la jornada. El recorrido del 975 se estiraba por una calle muy larga, y cosas más que interesantes se ofrecían cada tanto a las miradas de Amadís. Pero su ira no se apaciguaba. Contaba árboles, equivocándose regularmente, para intentar bajar su tensión arterial, que notaba acercarse al punto crítico, y, con la finalidad de acordar rítmicamente sus pasos, tamborileaba sobre su muslo

izquierdo algunas marchas militares de moda. Y, de pronto, descubrió una gran plaza formada por edificios construidos en la Edad Media, pero que habían envejecido desde entonces; se encontraba en la terminal del 975. Se sintió rejuvenecido y, con una agilidad de péndulo, se lanzó sobre el escalón del embarcadero; un empleado cortó la cuerda que retenía la máquina y Amadís percibió que se ponía en marcha.

Al darse la vuelta, vio cómo el empleado recibía en plena cara el extremo de la cuerda y cómo salió volando, hecho un pingajo, un pedazo de su nariz, en medio de un surtidor de pétalos de ácaros.

El motor ronroneaba con regularidad, ya que acababan de darle una buena ración de raspas de siluro. Amadís, sentado en la parte trasera derecha, gozaba de todo el coche para él solo. En la plataforma, el cobrador giraba maquinalmente su chisme para estropear los billetes, que acababa de conectar a la caja de música del interior, y la melopea arrullaba a Amadís. Sentía retemblar la carrocería cada vez que la parte trasera rozaba los adoquines, y el chisporroteo acompañaba a la musiquilla monótona. Las tiendas se sucedían en un tornasol de colores brillantes, y Amadís disfrutaba vislumbrando su propio reflejo en las grandes lunas de los escaparates, pero se ruborizó cuando descubrió que su reflejo se aprovechaba de aquella ventajosa posición para sustraer los objetos expuestos, y se volvió hacia el otro lado.

No le extrañó que el conductor no hubiese parado todavía ni una sola vez, puesto que a aquellas horas de la mañana nadie iba ya a la oficina. El cobrador se durmió y resbaló sobre la plataforma, buscando, en sueños, una postura más cómoda. Amadís se sentía poseído por una somnolencia intrépida, que se infiltraba en él como un veneno devastador. Recobró sus piernas, extendidas delante de su cuerpo, y las colocó sobre el asiento de enfrente. Los árboles, igual que las tiendas, brillaban al sol; sus frescas hojas frotaban el techo del autobús y producían el mismo

rumor que las plantas marinas sobre el casco de un barquito. El balanceo del autobús, que seguía sin detenerse, acunaba a Amadís; descubrió que habían sobrepasado su oficina justo en el instante en que perdió conciencia, pero esta postrera comprobación apenas le inquietó.

Cuando Amadís despertó, seguían rodando sin parar. Fuera había oscurecido. Observó la carretera. Gracias a los dos canales de aguas grisáceas que la bordeaban, reconoció la Nacional de Embarque y, durante algún tiempo, estuvo contemplando aquel espectáculo. Se preguntó si los tiques que le quedaban serían suficientes para pagar el viaje. Volvió la cabeza y miró al cobrador. Trastornado por un sueño erótico en pantalla gigante, el hombre se agitaba en todas las direcciones y acabó por enroscarse en espiral a la ligera columna niquelada que sostenía el techo. Sin embargo, no interrumpió su sueño. Amadís pensó que la vida de cobrador debía de resultar muy fatigosa y se levantó para desentumecer las piernas. Supuso que el autobús no se había detenido ni una sola vez, ya que no vio a ningún otro viajero. Disponía de espacio holgado para deambular a su gusto. Fue desde la parte trasera a la delantera y retornó; el ruido que hizo, al bajar el escalón de la plataforma, despertó al cobrador, quien bruscamente se arrodilló y empezó a girar con furia la manivela del chisme, al tiempo que apuntaba y hacía pan-pan-pan con la boca.

Amadís le dio una palmada en el hombro y el cobrador le ametralló a quemarropa; Amadís se hizo el muerto; afortunadamente, se trataba de un juego. Frotándose los ojos, el hombre se puso en pie.

—¿Adónde vamos? —preguntó Amadís.

El cobrador, que se llamaba Dionisio, hizo un gesto de ignorancia.

—Es imposible saberlo. Se trata del maquinista 21 239, que está loco.

—En tal caso...

—En tal caso, con él nunca se sabe cómo acabará la cosa. Habitualmente, nadie sube a este coche. Por cierto, ¿cómo ha subido usted?

—Como todo el mundo —dijo Amadís.

—Ya sé —descubrió el cobrador—. Esta mañana estaba yo medio dormido.

—¿No me vio usted?

—Con este conductor, todo es un engorro —prosiguió el cobrador—, porque, como no comprende nada, no se le puede decir nada. Y, encima, no hay más remedio que reconocerlo, es idiota.

—Lo compadezco —dijo Amadís—. Vaya catástrofe...

—No le quepa la menor duda —dijo el cobrador—. Ya ve usted, un hombre que podría estar pescando con su caña, y ¿a qué se dedica?

—A conducir un autobús —atestiguó Amadís.

—¡Exactamente! Tampoco usted es tonto.

—¿Qué es lo que le ha vuelto loco?

—No lo sé. A mí siempre me tocan conductores locos. ¿Lo encuentra usted divertido?

—¡Leñe!, no.

—Se trata de esta compañía. Por lo demás, todos los de esta compañía están locos.

—Usted lo lleva bien —dijo Amadís.

—¡Hombre! —explicó el cobrador—, no hay comparación. Yo no estoy loco, como puede usted ver.

Se carcajeó con tanta fuerza que perdió el aliento. Amadís se inquietó un poco viéndole rodar por el suelo, ponerse violeta y, al momento, completamente blanco, estirarse rígido, pero se tranquilizó pronto, al ver que se trataba de una broma, porque el otro le guiñó un ojo, lo cual con un ojo revirado siempre queda bonito. Al cabo de algunos minutos, el cobrador se levantó de nuevo.

—Yo soy un cachondo —dijo.

—No me extraña —respondió Amadís.

—Hay por ahí mucho triste, pero yo no. Si no fuese por eso, ya me dirá cómo se puede aguantar a un tipo como ese maquinista...

—¿Qué carretera es esta?

El cobrador le miró con aire suspicaz.

—¿No la ha reconocido usted perfectamente? Es la Nacional de Embarque. Cada tres veces, la coge una ese de ahí delante.

—¿Adónde conduce?

—¡Ah, muy bien! —dijo el cobrador—. Yo no paro de charlar, soy amable, hago el cabrito, y va usted e intenta quedarse conmigo.

—Yo no intento quedarme con usted de ninguna manera.

—En primer lugar, si usted no hubiese reconocido la carretera, me habría preguntado dónde estábamos de inmediato. *Ipsa facto*. —Amadís permaneció en silencio y el cobrador continuó—: Segundo: puesto que la ha reconocido, sabe usted adónde conduce. Y tercero: usted no lleva billete.

Con patente aplicación, se echó a reír. Amadís se sintió incómodo. Efectivamente, no tenía billete.

—Usted los vende.

—Perdón —dijo el cobrador—. Los vendo, sí, pero, ¡despacito!, solo para el trayecto normal.

—Entonces, ¿qué puedo hacer?

—Pues nada.

—Pero necesito llevar billete.

—Ya me lo pagará después —dijo el cobrador—. Es posible que ese de ahí delante nos tire al canal, ¿no? Por lo tanto, lo mismo da que se ahorre usted su dinero.

Amadís no insistió y se esforzó por cambiar de conversación.

—¿Tiene usted idea de por qué llaman a esta carretera la Nacional de Embarque?

Dudó antes de decir el nombre de la carretera y volver sobre lo mismo, temiendo que al cobrador le entrase un nuevo ata-

que de cólera, pero el cobrador contempló sus propios pies, con un aire muy triste, y sus dos brazos cayeron a lo largo del cuerpo. Allí los dejó.

—¿No tiene usted idea? —insistió Amadís.

—Si contesto a su pregunta, se va a enfadar usted —murmuró el cobrador.

—De ninguna manera —dijo Amadís, alentándole.

—Pues bien, no tengo ni idea. Ni la más mínima. Porque no hay quien pueda decir que existe una posibilidad de embarcarse, tomando por esta carretera.

—¿Por dónde pasa?

—Mire.

Amadís vio aproximarse un poste alto que sostenía una señal de chapa esmaltada, en la que, gracias a unas letras blancas, podía leerse el nombre de «Exopotamia», con una flecha y un determinado número de medidas.

—¿Es allí a donde vamos? —preguntó Amadís—. O sea, ¿que se puede llegar por tierra?

—Indudablemente —dijo el cobrador—. Basta con dar un rodeo y no echar a rodar el malhumor.

—¿Por qué?

—Porque, a la vuelta, siempre hay algún gracioso que le pone a uno a parir. Como no es usted el que paga la gasolina...

—Según usted —dijo Amadís—, ¿a qué velocidad vamos?

—Oh —dijo el cobrador—, llegaremos mañana por la mañana.

3

Aproximadamente hacia las cinco de la madrugada, a Amadís Dudu se le ocurrió la idea de despertarse y por fortuna la idea arraigó, pues así pudo comprobar que se hallaba horriblemente mal instalado y que la espalda le dolía una barbaridad. Sentía consistente la

boca, como cuando uno no se ha cepillado los dientes. Se enderezó, hizo algunos movimientos para volverse a colocar los miembros en su lugar natural y procedió a su higiene íntima, tratando de no caer en el campo de mira del cobrador. Este, acostado entre dos asientos, emitía desvaríos mientras dormía y, al tiempo, hacía sonar su caja de música. Era ya pleno día. Las esculpidas superficies de los neumáticos cantaban sobre el asfalto como trompos zumbadores en los aparatos de radio. El motor zumbaba regularmente, seguro de tener su ración de pescado cuando le hiciese falta. Amadís se dedicó a dar saltos de longitud por no permanecer ocioso, y un último impulso le condujo a un aterrizaje directo sobre el vientre del cobrador; rebotó con tanta fuerza que su cabeza abolló el techo del autobús y blandamente vino a caer a caballo sobre el brazo de uno de los asientos, postura que le obligaba a mantener levantada muy en alto la pierna del lado del asiento, mientras que la otra podía estirarse en el pasillo. En ese momento, precisamente, vio fuera una nueva señal: EXOPOTAMIA - DOS MEDIDAS. Amadís se lanzó al timbre, que apretó una sola vez, pero prolongadamente; el autobús fue perdiendo velocidad y se detuvo al borde de la carretera. El cobrador, que ya se había enderezado, ocupaba despreocupadamente el lugar reservado al cobrador, parte trasera a la izquierda del cordón, pero su vientre dolorido le impedía mantener la dignidad. Amadís, lleno de desenvoltura, recorrió el pasillo y dio un salto para bajar del autobús. Se encontró cara a cara con el conductor, que acababa de abandonar su asiento y se había acercado a ver lo que sucedía.

—¡Por fin alguien se ha decidido a tocar el timbre! —increpó a Amadís—. ¡No se han dado mucha prisa!

—Sí —dijo Amadís—, hemos hecho una buena tirada.

—Uf, menos mal, coño —dijo el conductor—. Cada vez que cojo un 975, nadie se decide a tocar el timbre; habitualmente, regreso sin haberme parado una sola vez. ¿A usted le parece este un oficio?

A espaldas del conductor, el cobrador guiñó un ojo y se barrenó la sien con el índice, para indicar a Amadís que toda discusión sería inútil.

—Quizá los viajeros se olvidan —dijo Amadís, ya que el otro esperaba una respuesta.

El conductor rio irónicamente.

—Usted mismo puede comprobar que no, puesto que usted mismo ha tocado el timbre. Lo malo es...

Se inclinó hacia Amadís. El cobrador comprendió que estaba de más y, sin afectación, se alejó.

—... el cobrador ese —explicó el conductor.

—¡Ah! —dijo Amadís.

—No le gustan los viajeros y se las arregla para que salgamos de vacío y, por lo tanto, nunca toca el timbre. Lo sé muy bien.

—Claro —dijo Amadís.

—Está loco, ¿comprende usted? —dijo el conductor.

—Tiene que ser eso... —murmuró Amadís—. Yo le encontraba raro.

—En la compañía, todos están locos.

—No me sorprende nada.

—Yo —dijo el conductor— los tengo dominados. En el país de los ciegos, el tuerto es el rey. ¿Tiene usted un cuchillo?

—Tengo un cortaplumas.

—Préstemelo.

Amadís accedió. El conductor, después de sacar la hoja entera del cortaplumas, se la clavó en un ojo, con energía. A continuación, empezó a dar vueltas. Sufría mucho y gritaba estentóreamente. Amadís tuvo miedo y huyó, los brazos pegados a los costados y levantando las rodillas cuanto podía; era el momento para no desaprovechar la ocasión de practicar cultura física. Dejó atrás algunas espesuras de maleza espinífera, se volvió y miró. El conductor cerraba el cortaplumas y se lo guardaba en un bolsillo. Desde donde se encontraba, Amadís pudo observar que ya no manaba la san-

gre. El conductor había realizado una intervención muy aseada y llevaba ya un parche negro sobre el ojo. En el autobús, el cobrador paseaba por el pasillo de un extremo a otro. Amadís le vio, a través de las ventanillas, consultar el reloj. El conductor ocupó de nuevo su asiento. El cobrador esperó algunos instantes, consultó por segunda vez el reloj y dio varios tirones del cordón; su colega comprendió la señal de «completo» y el pesado vehículo volvió a partir, con un ruido progresivamente creciente. Amadís percibió las chispas. El ruido disminuyó, se fue atenuando, desapareció. Amadís dejó de ver el autobús y, simultáneamente, se encontró en Exopotamia sin haber gastado un solo tique.

Amadís reanudó su marcha. Quería ir de prisa, porque deseaba ahorrarse el dinero y porque no fuese a ser que el cobrador cambiase de opinión.